

Libros del Asteroide 

Graham Greene

El americano tranquilo

Traducción de Miguel Temprano



Queridos René y Phuong:

He pedido permiso para dedicaros este libro no solo en recuerdo de las felices veladas que he pasado con vosotros estos últimos cinco años en Saigón, sino también porque he tomado prestada sin el menor recato la ubicación de vuestro apartamento para alojar a uno de mis personajes, y tu nombre Phuong, para comodidad de mis lectores, pues es sencillo, bonito y fácil de pronunciar, lo cual no puede decirse de todos los nombres femeninos de tus compatriotas. Os daréis cuenta de que no he tomado prestadas muchas más cosas, desde luego no la personalidad de nadie en Vietnam. Pyle, Granger, Fowler, Vigot, Joe: ninguno tenía su correlato en la vida de Saigón o Hanói, y el general Thé está muerto, de un tiro por la espalda, dicen. Incluso he reorganizado algunos acontecimientos históricos. Por ejemplo, la bomba cerca del Continental precedió y no siguió a las bombas en las bicicletas. No me preocupan unos cambios tan pequeños. Estamos hablando de ficción, no de historia, y espero que una calurosa tarde de Saigón los dos lo leáis como un relato sobre unos cuantos personajes imaginarios.

Con afecto,

GRAHAM GREENE

No me gusta que me conmuevan, pues la
voluntad se excita; y la acción
es muy peligrosa; tiemblo por algo artificial;
alguna mala práctica del corazón y algún
proceso ilegítimo.
Sentimos tanta inclinación por estas cosas,
con nuestras terribles ideas del deber.

A. H. CLOUGH

Esta es la era evidente de los nuevos inventos
para matar cuerpos y para salvar almas,
todos anunciados con las mejores intenciones.

BYRON

Primera parte

Libros del Asteroide

Después de cenar me senté a esperar a Pyle en mi habitación de la rue Catinat; me había dicho: «Le veré a eso de las diez», y al llegar la medianoche no pude aguantar más y salí a la calle. Había varias viejas con pantalones negros acuclilladas en el descansillo: estábamos en febrero y supongo que hacía demasiado calor para estar en la cama. El conductor de un *trishaw* pasó pedaleando despacio en dirección al río y vi focos encendidos donde habían desembarcado los nuevos aviones norteamericanos. No había ni rastro de Pyle en la larga calle.

Claro, me dije, que era posible que lo hubieran entretenido por alguna razón en la legación norteamericana, aunque seguro que en ese caso habría telefoneado al restaurante, era muy quisquilloso con esos pequeños detalles. Me giré para volver dentro y entonces vi a una chica que esperaba en la puerta de al lado. No pude distinguir bien su cara, solo los pantalones de seda blanca y la larga túnica de flores, pero aun así la reconocí. Me había esperado muchas veces en ese mismo sitio y a esa hora cuando volvía a casa.

—Phuong —dije, que significa fénix, aunque hoy en día nada es fabuloso ni resurge de sus cenizas. Supe, antes de que tuviese tiempo de decírmelo, que ella también estaba esperando a Pyle—. No está aquí.

—*Je sais. Je t'ai vu seul à la fenêtre.**

—Si quieres puedes esperar arriba —dije—. Vendrá enseguida.

—Puedo esperar aquí.

—Mejor no. La policía podría detenerte.

Me siguió. Pensé en varios chistes irónicos y desagradables que podría hacer, pero ni su inglés ni su francés habrían sido lo bastante buenos para entender la ironía y, aunque parezca extraño, no quería herirla ni herirme a mí. Cuando llegamos al descansillo todas las viejas volvieron la cabeza y, en cuanto pasamos, sus voces se alzaron y cayeron como si cantaran todas a coro.

—¿Qué dicen?

—Crean que he vuelto a casa.

En mi cuarto, el árbol que había colocado unas semanas antes por el Año Nuevo chino había perdido la mayoría de sus flores amarillas. Habían caído entre las teclas de mi máquina de escribir. Las recogí.

—*Tu es troublé*** —dijo Phuong.

—Es raro en él. Un hombre tan puntual.

Me quité la corbata y los zapatos y me tumbé en la cama. Phuong encendió la cocina de gas y puso agua a hervir para el té. Podría haber sido seis meses atrás.

* «Lo sé, te he visto solo en la ventana.» (*Todas las notas son del traductor.*)

** «Estás preocupado.»

—Dice que te vas a marchar pronto —dijo.

—Tal vez.

—Te aprecia mucho.

—Dale las gracias por nada —repliqué.

Reparé en que ahora se peinaba de una manera distinta y dejaba que el pelo le cayera negro y recto sobre los hombros. Recordé que una vez Pyle había criticado el complicado peinado que ella juzgaba apropiado para la hija de un mandarín. Cerré los ojos y ella volvió a ser lo que era antes: el silbido del vapor, el entrecuchar de las tazas, cierta hora de la noche y la promesa del descanso.

—No tardará mucho —dijo, como si necesitara que me consolaran por su ausencia.

Pensé en qué conversaciones tendrían. Pyle era muy serio y yo había padecido sus disertaciones sobre el Lejano Oriente, que él conocía desde hacía apenas unos meses y yo, años. La democracia era otro de sus temas favoritos: tenía opiniones firmes e irritantes sobre lo que Estados Unidos estaba haciendo en favor del mundo. Phuong, por otro lado, era extraordinariamente ignorante; si Hitler hubiese salido a relucir en la conversación, habría interrumpido para preguntar quién era. Explicárselo habría sido difícil porque nunca había visto a un alemán ni a un polaco y solo tenía una idea muy vaga de la geografía europea, aunque, por supuesto, sabía más que yo de la princesa Margarita. La oí dejar una bandeja al otro extremo de la cama.

—¿Aún está enamorado de ti, Phuong?

Llevarse una anamita a la cama es como llevarse un pájaro: cantan y gorjean en tu almohada. Hubo una época en la que pensé que ninguna de sus voces sona-

ba como la de Phuong. Extendí la mano y le toqué el brazo, los huesos eran tan frágiles como los de un ave.

— ¿Lo está, Phuong?

Se rio y la oí encender una cerilla.

— ¿Enamorado? — Tal vez fuese una de las frases que no entendía—. ¿Te preparo la pipa?

Cuando abrí los ojos había encendido la lámpara y la bandeja ya estaba preparada. La luz de la lámpara tiñó su piel de color ámbar oscuro cuando se agachó sobre la llama con el ceño fruncido y concentrado para calentar la pastillita de pasta de opio y darle vueltas con su aguja.

— ¿Pyle todavía no fuma? —le pregunté.

—No.

—Deberías obligarlo o no volverá.

Entre ellas circulaba la superstición de que un amante que fumaba siempre volvería, incluso de Francia. La potencia sexual de un hombre puede verse perjudicada cuando fuma, pero preferían un amante fiel a uno potente. Ahora estaba amasando la bolita de pasta caliente en el borde convexo de la cazoleta y pude oler el opio. No hay ningún olor parecido. Al lado de la cama mi despertador marcaba las doce y veinte, pero mi tensión ya había desaparecido. Pyle había perdido importancia. La lámpara iluminaba su rostro mientras preparaba la larga pipa, inclinada sobre ella con la misma atención que habría dedicado a un niño. Me gustaba mi pipa: más de sesenta centímetros de bambú muy recto y marfil en los dos extremos. Dos tercios más abajo estaba la cazoleta, como una correhuela puesta del revés, con el borde convexo pulido y oscurecido de tanto amasar opio. Entonces, con un movimiento de muñeca, hundió la aguja en la minúscula cavidad, soltó el opio y le dio la vuelta

a la cazoleta sobre la llama, mientras sujetaba la pipa bien firme para mí. La gota de opio burbujeó despacio y con suavidad cuando inhalé.

Un fumador experto puede acabarse una pipa entera de una sola chupada, pero yo siempre tenía que dar varias. Luego me recosté y apoyé la cabeza en la almohada de cuero, mientras ella me preparaba la segunda pipa.

—¿Sabes?, en realidad está clarísimo. Pyle sabe que fumo unas pipas antes de acostarme y no quiere molestar. Vendrá por la mañana —dije. Volvió a meter la aguja y me tomé mi segunda pipa. Mientras me recostaba repetí—: No hay por qué preocuparse. No hay nada por lo que preocuparse. —Tomé un sorbo de té y le puse la mano en la axila—. Cuando me dejaste, tuve suerte de poder recurrir a esto. Hay una buena casa en la rue d'Ormay. Cómo nos complicamos la vida por nada los europeos. No deberías vivir con un hombre que no fuma, Phuong.

—Pero se va a casar conmigo —dijo—. Muy pronto.

—Claro, eso es diferente.

—¿Te preparo otra pipa?

—Sí.

Pensé en si consentiría en dormir conmigo esa noche si Pyle no aparecía, pero sabía que cuando había fumado cuatro pipas dejaba de desearla. Claro que sería agradable notar su muslo a mi lado en la cama: ella siempre dormía de espaldas y, cuando despertara por la mañana, podría empezar el día con una pipa en lugar de estar solo.

—Pyle no vendrá ya —dije—. Quédate, Phuong. —Me dio la pipa y negó con la cabeza. Después de inhalar el opio su presencia o ausencia pasaron a tener muy poca importancia.

— ¿Por qué no está aquí Pyle? —preguntó.

— ¿Cómo quieres que lo sepa?

— ¿Ha ido a ver al general Thé?

— No sabría decirte.

— Me dijo que, si no podía cenar contigo, vendría aquí.

— No te preocupes. Vendrá. Prepárame otra pipa.

Cuando se inclinó sobre la llama acudió a mi cabeza el poema de Baudelaire: *Mon enfant, ma soeur...* ¿Cómo seguía?

Aimer à loisir

Aimer et mourir

*Au pays qui te ressemble.**

Allá en el muelle dormían los barcos, *dont l'humeur est vagabonde.*** Se me ocurrió que si olía su piel tendría la leve fragancia del opio y que su color era el de la llama diminuta. Había visto las flores de su vestido en los canales del norte; Phuong era autóctona como una hierba y yo no quería volver a casa.

— Me gustaría ser Pyle —dije en voz alta, pero el dolor fue leve y soportable... el opio se encargaba de eso. Alguien llamó a la puerta.

— Pyle —dijo ella.

— No. Él no llama así.

* «Mi niña, mi hermana... Amar a placer / amar y morir / en un país como tú.» Tomados del poema *Invitación al viaje* (1858) de Charles Baudelaire, trad. de Luis Martínez de Merlo, Madrid: Cátedra, 2024.

** «Cuyo humor es vagabundo.» Otro verso del mismo poema.

Alguien llamó de nuevo, con impaciencia. Ella se levantó a toda prisa y chocó con el árbol amarillo, que volvió a derramar una lluvia de pétalos sobre mi máquina de escribir.

La puerta se abrió.

— Monsieur Foulair — dijo una voz en tono imperioso.

— Yo soy Fowler — repliqué.

No iba a levantarme por un policía: podía ver sus pantalones cortos de color caqui sin alzar la cabeza.

Me informó en un francés vietnamita casi ininteligible de que me necesitaban de inmediato, cuanto antes, rápidamente, en la Sûreté.

— ¿En la Sûreté francesa o en la vietnamita?

— En la francesa. — Dicha por él, la palabra sonó algo así como «françung».

— ¿Para qué?

No lo sabía: sus órdenes eran llevarme allí.

— *Toi aussi** — le dijo a Phuong.

— Diga *vous*** al dirigirse a una dama — lo corregí —.

¿Cómo ha sabido que estaba aquí?

Se limitó a repetir que eran sus órdenes.

— Iré por la mañana.

— *Sur le chung**** — replicó; era una figura menuda, pulcra y obstinada.

No tenía sentido discutir, así que me levanté y me puse la corbata y los zapatos. Aquí la policía tenía la última palabra: podían retirarme el permiso de circulación, podían impedirme el acceso a las ruedas de prensa, incluso

* «Tú también.»

** «Usted.»

*** Mala pronunciación de *sur le champ*, «de inmediato».

podían, si querían, negarme el permiso de salida. Estos eran los métodos abiertamente legales, pero la legalidad no era esencial en un país en guerra. Conocí a un hombre que había perdido de pronto y de manera inexplicable a su cocinero: le siguió la pista hasta la Sûreté vietnamita, pero los oficiales le aseguraron que lo habían puesto en libertad después de interrogarlo. Su familia nunca volvió a verlo. Tal vez se pasara a los comunistas; tal vez se alistase en alguno de los ejércitos privados que florecían en los alrededores de Saigón, el de los Hoa-Haos, o los caodaístas, o el del general Thé. Tal vez estuviese en una cárcel francesa. Tal vez estuviera encantado sacándoles dinero a las chicas en Cholon, el barrio chino. Tal vez le hubiese fallado el corazón mientras lo interrogaban.

—No pienso ir a pie —dije—. Tendrá que pagar usted un *trishaw*.

Uno tiene su dignidad. Por eso rechacé el cigarrillo que me ofreció el oficial francés en la Sûreté. Después de tres pipas notaba mi mente despejada y alerta; podía tomar esas decisiones con facilidad sin perder de vista la cuestión principal: ¿qué querían de mí? Había visto a Vigot varias veces en fiestas: me había fijado en él porque parecía estar incongruentemente enamorado de su mujer, que no le hacía ni caso, una llamativa rubia teñida. Ahora eran las dos de la mañana y estaba sentado, cansado y abatido, entre el humo del cigarrillo y el calor sofocante, con una visera verde y un volumen de Pascal abierto sobre la mesa para pasar el tiempo. Cuando me negué a dejar que interrogara a Phuong sin estar yo presente cedió enseguida, con un único suspiro que podría haber simbolizado su hartazgo de Saigón, del calor o de toda la condición humana.

—Siento mucho haber tenido que pedirle que viniera —dijo en inglés.

—No me lo han pedido. Me lo han ordenado.

—Estos policías nativos... no entienden nada. —Sus ojos estaban fijos en una página de *Les Pensées*, como si aún siguiera absorto en esas tristes argumentaciones—. Quería hacerle unas preguntas... sobre Pyle.

—Mejor hágale a él las preguntas.

Se volvió hacia Phuong y la interrogó secamente en francés.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo con monsieur Pyle?

—Un mes... no lo sé —respondió.

—¿Cuánto le ha pagado?

—No tiene derecho a preguntarle eso —dije—. No está en venta.

—Antes vivió con usted, ¿no? —preguntó con brusquedad—. Dos años.

—Soy un corresponsal que se supone que debe informar sobre la guerra que están librando ustedes... cuando lo dejan. No me pida que contribuya también a la prensa amarilla.

—¿Qué sabe de Pyle? Por favor, responda a mis preguntas, monsieur Fowler. No querría tener que hacérselas. Pero esto es grave. Por favor, créame que es muy grave.

—No soy un informante. Usted ya sabe cuanto puedo decirle de Pyle. Edad, treinta y dos años, empleado en la Misión de Ayuda Económica, nacionalidad estadounidense.

—Habla como si fuese su amigo —dijo Vigot, mirando a Phuong. Un policía nativo entró con tres tazas de café—. ¿O prefiere usted té? —preguntó Vigot.

—Soy su amigo —dije—. ¿Por qué no? Algún día tendré que volver a Inglaterra, ¿no? Y no puedo llevármela. Le irá bien con él. Es un acuerdo razonable. Y dice que se va a casar con ella. Puede que lo haga. Es un buen tipo a su manera. Serio. No uno de esos cabrones bulluciosos del Continental. Un americano discreto. —Lo definí exactamente de la misma manera que podría haber dicho: «un lagarto azul», «un elefante blanco».

—Sí —dijo Vigot. Pareció buscar en su escritorio las palabras con las que expresar lo que quería decir con tanta precisión como había hecho yo—. Muy discreto. —Se quedó ahí sentado, en el agobiante despacho, esperando a que uno de los dos dijésemos alguna cosa. Un mosquito zumbó al lanzarse al ataque y yo miré a Phuong. El opio te aguza el ingenio... tal vez solo porque calma los nervios y tranquiliza las emociones. Nada, ni siquiera la muerte, parece tener mucha importancia. Phuong, pensé, no había captado su tono, triste y definitivo, y su inglés era muy malo. Sentada en la dura silla de oficina, seguía esperando pacientemente a Pyle. En ese momento yo había dejado de esperarle y noté que Vigot se daba cuenta de ambas cosas.

—¿Cómo lo conoció? —me preguntó Vigot.

¿Por qué tendría que haberle dicho que había sido Pyle quien me había abordado? El septiembre anterior lo había visto cruzar la plaza en dirección al bar del Continental: un rostro inconfundiblemente joven y lozano lanzado hacia nosotros como una flecha. Con sus piernas desgarradas, su pelo corto al estilo militar y su amplia mirada de universitario parecía incapaz de hacer daño. Las mesas de la calle estaban casi todas llenas.

—¿Le importa? —preguntó con exagerada cortesía—. Me llamo Pyle. Soy nuevo aquí. —Se sentó en la silla y pidió una cerveza. Después alzó la vista de prisa hacia el duro fulgor del mediodía—. ¿Eso ha sido una granada de mano? —preguntó entre emocionado y esperanzado.

—Lo más probable es que haya sido el tubo de escape de un coche —dije, y lamenté de pronto su decepción.

Olvidamos muy de prisa la juventud: una vez me interesó eso que, a falta de una palabra mejor, la gente llama noticias. Pero las granadas de mano me parecían ya algo rancio; algo que se publicaba en una lista en la última página del periódico local —tantas anoche en Saigón, tantas en Cholon—; nunca llegaban a la prensa europea. Por la calle pasaban gráciles siluetas sin curvas: los pantalones de seda blancos, las largas chaquetas ajustadas con estampados rosas y malvas con un corte a la altura del muslo. Las observaba con la nostalgia que sabía que sentiría cuando dejase esas regiones para siempre.

—Son preciosas, ¿verdad? —dije mientras saboreaba mi cerveza, y Pyle les echó un vistazo rápido mientras iban rue Catinat arriba.

—Sí, claro —dijo con indiferencia: era un tipo serio—. El ministro está muy preocupado por esas granadas de mano. Dice que sería muy embarazoso si se produjese un incidente... con uno de nosotros.

—¿Con uno de ustedes? Sí, supongo que sería grave. Al Congreso no le gustaría.

¿Por qué siempre queremos burlarnos de los inocentes? Puede que apenas diez días antes estuviera cruzando el parque Common de Boston con los brazos cargados de los libros que había estado leyendo sobre el Lejano Oriente y los problemas de China. Absorbido ya por los

dilemas de la democracia y las responsabilidades de Occidente, ni siquiera había oído lo que le había dicho; estaba decidido —lo supe muy pronto— a hacer el bien, no a ninguna persona concreta, sino a un país, a un continente, a un mundo. Bueno, ahora se encontraba en su elemento y tenía delante el universo entero para mejorarlo.

—¿Está en la morgue? —le pregunté a Vigot.

—¿Cómo ha sabido que está muerto? —Era la pregunta de un policía obtuso, indigna del hombre que leía a Pascal, indigna también del hombre que amaba de un modo tan extraño a su mujer. No se puede amar si se carece de intuición.

—Me declaro no culpable —respondí. Y me dije a mí mismo que era cierto.

¿Acaso no hacía Pyle siempre las cosas a su manera? Busqué en mi interior algún sentimiento, aunque fuese rencor por la sospecha del policía, pero no pude encontrar ninguno. El único responsable era Pyle. ¿No estamos todos mejor muertos?, razonó el opio en mi interior. Pero miré con cautela a Phuong, pues debía de ser duro para ella. Debía de haberlo querido a su manera: ¿acaso no me había querido a mí y acaso no me había dejado por Pyle? Se había aferrado a la juventud, la esperanza y la seriedad, y ahora le fallaban más que la edad y la desesperanza. Se quedó mirándonos y pensé que aún no lo había entendido. Quizá lo mejor fuese sacarla de allí antes de que lo hiciera. Estaba dispuesto a responder a cualquier pregunta con tal de terminar pronto y de manera ambigua con el interrogatorio, para poder contárselo después, en privado, lejos de la mirada de un policía, de las duras sillas de oficina y de la bombilla en torno a la que revoloteaban las polillas.

—¿En qué horas está interesado? —le pregunté a Vigot.

—Entre las seis y las diez.

—Tomé una copa en el Continental a las seis. Los camareros lo recordarán. A las seis cuarenta y cinco bajé al muelle a ver cómo descargaban los aviones norteamericanos. Vi a Wilkins, de la Associated News, a la puerta del Majestic. Después fui al cine de la calle de al lado. Es probable que lo recuerden, tuvieron que darme cambio. Desde allí cogí un *trishaw* al Vieux Moulin, calculo que debí de llegar a eso de las ocho treinta, y cené solo. Granger también estaba, puede preguntarle. Luego cogí otro *trishaw* para volver a eso de las diez menos cuarto. Probablemente podrá encontrar al conductor. Había quedado con Pyle a las diez, pero no se presentó.

—¿Para qué habían quedado?

—Me llamó por teléfono. Dijo que tenía que verme por algo importante.

—¿Tiene idea de qué se trataba?

—No. Para Pyle todo era importante.

—Y esta chica suya, ¿sabe dónde estuvo?

—Estaba esperándolo fuera a medianoche, preocupada. No sabe nada. Caramba, ¿es que no ve que todavía lo espera?

—Sí —dijo.

—¿Y no irá a decirme que de verdad cree que lo maté por celos...? O que lo mató ella. Pero ¿por qué? Iba a casarse con ella.

—Sí.

—¿Dónde lo encontraron?

—En el agua, debajo del puente de Dakow.

El Vieux Moulin estaba al lado del puente. Había po-

licías armados en el puente y el restaurante tenía una rejilla de hierro como protección contra las granadas de mano. No era seguro cruzar por allí de noche, pues el otro lado del río quedaba en manos del Vietminh después de oscurecer. Debía de haber cenado a menos de cincuenta metros de su cadáver.

—Lo malo fue que se metió en algún lío —dije.

—Si le soy franco —replicó Vigot—, no lo siento lo más mínimo. Estaba haciendo mucho daño.

—Dios nos salve siempre de los buenos y los inocentes —dije.

—¿Los buenos?

—Sí, buenos. A su manera. Es usted católico. No lo entendería. Y además, era un puñetero yanqui.

—¿Le importaría identificarlo? Lo lamento. Es una rutina, una rutina no muy agradable.

No me molesté en preguntarle por qué no esperaba a alguien de la legación norteamericana, porque sabía el motivo. Los métodos de los franceses son un poco anticuados desde nuestro frío punto de vista: creen en la conciencia, en el sentimiento de culpa, en enfrentar al criminal con el crimen por si se derrumba y se traiciona. Me repetí que era inocente mientras Vigot bajaba las escaleras de piedra que llevaban a la cámara refrigerada cuyo zumbido se oía en el sótano.

Lo sacaron como si fuese una bandeja de cubitos de hielo y lo miré. Las heridas estaban plácidamente congeladas.

—Ya ve que no vuelven a abrirse en mi presencia.

—*Comment?*

—¿No es ese uno de los objetivos? ¿Una prueba de fuego de una u otra manera? Pero lo han dejado tieso

al congelarlo. En la Edad Media no existía la ultracongelación.

—¿Lo reconoce?

—Sí, claro.

Parecía más fuera de lugar que nunca: tendría que haberse quedado en casa. Lo imaginé en un álbum de fotografías familiares, montando a caballo en un rancho para turistas, bañándose en Long Island, fotografiado con sus colegas en algún apartamento en el piso veintitrés. Lo suyo eran los rascacielos y los ascensores exprés, los helados y los martinis secos, la leche en el almuerzo y los sándwiches de pollo en el Merchant Limited.

—No murió de esto —dijo Vigot, señalando una herida en el pecho—. Lo ahogaron en el barro. Hemos encontrado barro en los pulmones.

—Trabajan ustedes deprisa.

—No hay otro remedio con este clima.

Volieron a empujar la bandeja y cerraron la puerta. La goma amortiguó el golpe.

—¿No puede ayudarnos?

—No.

Volví con Phuong hacia mi piso. Había perdido mi dignidad. La muerte se lleva la vanidad... incluso la del cornudo que no debe dejar ver su dolor. Ella seguía sin saber qué pasaba y yo no tenía ninguna técnica para contárselo despacio y con suavidad. Era un corresponsal, pensaba en titulares: «Funcionario norteamericano asesinado en Saigón». Trabajando en un periódico no se aprende a dar malas noticias, e incluso en ese momento tuve que pensar en mi periódico y le pregunté:

— ¿Te importa que paremos en la oficina de telégrafo? La dejé en la calle, envié el telegrama y volví con ella. Fue solo un gesto: sabía muy bien que ya habrían informado a los corresponsales franceses o, si Vigot había jugado limpio (lo cual era posible), que los censores tendrían mi telegrama hasta que los franceses enviaran los suyos. Mi periódico recibiría la noticia desde París. No es que Pyle fuese muy importante. De nada habría servido telegrafiar los detalles de su verdadera carrera, que antes de morir había sido responsable de al menos cincuenta muertes, pues eso habría dañado las relaciones angloamericanas y el ministro se habría indignado. El ministro respetaba mucho a Pyle; Pyle había obtenido un título en... bueno, en una de esas materias que pueden estudiar los norteamericanos: tal vez relaciones públicas o arte dramático, tal vez incluso estudios del Lejano Oriente (había leído muchos libros).

— ¿Dónde está Pyle? —preguntó Phuong—. ¿Qué querían?

— Ven a casa —respondí.

— ¿Vendrá Pyle?

— Es tan probable que vaya allí como a cualquier otro sitio.

Las viejas seguían cotilleando en el frescor relativo del rellano. Al abrir la puerta noté que habían registrado mi habitación: todo estaba más ordenado de lo que yo lo dejaba nunca.

— ¿Otra pipa? —preguntó Phuong.

— Sí.

Me quité la corbata y los zapatos; el interludio había terminado; la noche era casi igual que antes. Phuong se acurrucó en un extremo de la cama y encendió la lám-

para. *Mon enfant, ma soeur...* la piel de color ámbar. *Sa douce langue natale.**

—Phuong —dije. Estaba amasando el opio en la cazoleta—. *Il est mort*, Phuong. —Se quedó con la aguja en la mano y levantó la vista para mirarme como un niño que intenta concentrarse con el ceño fruncido.

—*Tu dis?*

—*Pyle est mort. Assassiné.*

Dejó la aguja y se sentó sobre los talones mirándome. No hubo ninguna escena, ni lágrimas, solo pensamiento... el largo pensamiento íntimo de alguien que tiene que cambiar por completo el curso de su vida.

—Será mejor que te quedes aquí esta noche —dije.

Asintió con la cabeza, cogió de nuevo la aguja y empezó otra vez a calentar el opio. Esa noche me desperté de unos de esos breves y profundos sueños del opio, diez minutos que parecen el descanso de toda una noche, y encontré mi mano donde siempre la había dejado de noche, entre sus piernas. Estaba dormida y apenas la oía respirar. Una vez más, después de tantos meses, no estaba solo, y no obstante pensé de pronto con rabia, al recordar a Vigot y su visera verde en la comisaría y los pasillos silenciosos de la legación en los que no había nadie y la piel suave y sin vello bajo mi mano: «¿Soy el único que de verdad apreciaba a Pyle?».

* «Su dulce lengua natal.»